

Nadie Duerma, 2013, pp. 1-1.

Confesiones de un analista acerca de los efectos de una interpretación.

Cecilia Tercic.

Cita:

Cecilia Tercic (2013). *Confesiones de un analista acerca de los efectos de una interpretación*. Nadie Duerma,, 1-1.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/cecilia.tercic/5>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pNet/Tha>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Abstract: Este trabajo se propone indagar los efectos de una interpretación a partir del testimonio de un analizante. Se trata de Theodor Reik quien en sus "Confesiones de un psicoanalista" relata una coyuntura particular que lo atraviesa en su vida personal, y que no deja de repercutir en su práctica como analista. Esta coyuntura lo lleva a solicitar la ayuda de Freud. De sus encuentros, Reik destaca el silencio del analista y una única interpretación. El contrasentido que encierra la interpretación de Freud y su efecto de sorpresa, la acercan al chiste. Es en el interior de la resistencia del sujeto donde el chiste opera haciendo oír algo que resuena directamente en el inconsciente, y lo hace por la vía de la sorpresa. Siendo la sorpresa "consustancial a lo que ocurre con el deseo", se intentará ubicar el modo en que esta interpretación incide en el deseo del sujeto.

Confesiones de un analista acerca de los efectos de una interpretación

El analista aludido en el título es Theodor Reik, quien en su libro "Confesiones de un psicoanalista" da testimonio de una coyuntura particular que lo atraviesa en su vida personal, y que no deja de repercutir en su práctica como analista.

"De pronto caí enfermo. Tenía accesos de mareos, vómitos y diarrea. El comienzo de esos ataques era inesperado. Recuerdo que la primera sensación de este tipo me sorprendió cierto día al abandonar el sanatorio, después de visitar a mi esposa (...) Durante las semanas y meses que siguieron esos ataques se repitieron, empeoraron, o cuando asistía a una representación teatral, en el club de bridge o en mi casa, mientras analizaba a un paciente (...) Su comienzo estaba acompañado por una abrumadora sensación de que el fin se aproximaba, por la ansiedad de que la aniquilación estaba cercana, como en los espasmos de la angina de pecho (...) Esta dolencia se había prolongado durante unos cuantos meses antes de que la mencionara casualmente a Freud. Me dijo que no creía que mis malestares tuvieran que ver con una angina de pecho porque era demasiado joven para padecer esa enfermedad. Solicité su ayuda (REIK, 1949, p.207)

Siendo ya un analista con muchos años de experiencia se encontró de nuevo en el diván, esta vez como paciente de Freud. Lo que lo lleva a solicitar su

ayuda es una dolencia que tiene todo el aspecto de lo que el mismo Freud describió en 1895 como “neurosis de angustia”: mareos, vómitos, diarrea, sensación de aniquilación de la vida y opresión en el pecho. La angustia, bajo la forma de ataques que se repetían y empeoraban, se hacía presente también mientras analizaba a sus pacientes, “obstaculizando” su trabajo (1949, p.210).

La angustia del analista

Antes de abordar la única interpretación que le regala allí Freud, queremos ubicar una advertencia de Lacan a propósito de la angustia del analista, puesto que si nos interesa en esta oportunidad esa interpretación es en la medida de su incidencia en el deseo de Reik. La advertencia reza que la angustia del analista no debe intervenir en los análisis, que el análisis debe ser aséptico en lo que a la angustia del analista se refiere. Esta afirmación puede parecer un precepto técnico, pero se sostiene por su dimensión ética.

“¿Dónde está, pues, el analista en la relación del sujeto con el deseo?”, se pregunta Lacan (1960-1961, p.404). Para responder toma el modelo del rebaño donde ante un peligro, el más astuto, o el vigía, suelta una señal que desencadena en el resto la huida. Y entonces formula su tesis: ocurre que el ser hablante también recibe la señal de angustia del otro (1960-1961, p.408). Ante un objeto peligroso, puesto que de eso se trata en el deseo, “¿qué esperaríamos el sujeto, en condiciones ordinarias, de alguien que osara ocupar el lugar de compañero? El sujeto esperaría de su compañero que le diera una señal de peligro, la que, en caso de un peligro real, hace huir al sujeto.” (LACAN, 1960-1961 p.405)

Lo propio de la posición del analista es justamente no comportarse como compañero de rebaño dando la señal de huida ante el deseo. Cuando esto no ocurre es tal vez porque el analista “no está en el punto en cuanto al deseo del analista” (LACAN, 1964-1965, clase 3-2-65). A propósito del deseo del analista, Lacan agrega una precisión:

“Que su angustia la hayan superado ustedes ampliamente en su análisis anterior no resuelve nada, porque lo que se trata de saber es en qué condición actual deben estar en lo referente a su deseo, para que no surja en ustedes, no sólo la señal de angustia sino la propia angustia” (1960-1961, p.408)

La interpretación de Freud

Theodor Reik ya acostado en el diván no vacila en situar con precisión el conflicto en que está envuelto su deseo. Estando su mujer gravemente enferma, conoce a una muchacha muchos años menor que él. Cito: "...a veces se me había ocurrido la idea de divorciarme de mi esposa y casarme con esa joven, pero sabía, desde luego, que ello era imposible: uno no puede divorciarse de una mujer que está seriamente enferma" (REIK, 1949, p.210).

De sus encuentros con Freud, Reik destaca el silencio del analista y una única interpretación que lo sorprende sobremanera. La interpretación en cuestión se hizo esperar hasta la última sesión, antes del regreso de Reik a Berlín. Transcribo a continuación el fragmento en que el analizante describe la impresión que esta le produjo.

"Casi al final de esa última sesión, escuché por primera vez su voz baja pero firme. Dijo sólo unas pocas palabras. Se trataba de una sencilla pregunta, pero su eco resonó en mi durante mucho tiempo. La pregunta llegó después de mi repetida descripción de esos ataques de mareo y constituyó una sorpresa completa. Cuando la hizo no pude comprender qué relación tenía su contenido con mi comunicación o la cadena de mis asociaciones. No logré captar su conexión con lo que había dicho durante esa hora. Aguardé como si esperara una explicación, pero no hubo ninguna. Sólo silencio.

Pero entonces ocurrió otra cosa: durante un segundo –y sólo durante ese segundo- un súbito y leve mareo, de intensidad apenas necesaria como para sentirlo, nada comparable a la sensación de los ataques, sólo una alusión a la sensación, el eco de una melodía familiar. Me oí a mi mismo decir: "Ah, ¿es eso?" Y supe que había llegado al significado inconsciente de esos ataques"

La sorprendente pregunta era: "¿Recuerda usted la novela *El asesino* de Schnitzler?" ¿Si yo recordaba la novela? La pregunta no sólo me resultó sorprendente porque yo no comprendí su relación con el tema que había estado tratando, sino también por su contenido. Desde luego, Freud debe haber sabido que yo recordaba la novela. ¿Acaso no había escrito algunos años antes un libro titulado *Arthur Schnitzler como psicólogo* en el que analizaba todas

las obras del escritor vienen desde el punto de vista psicoanalítico?

Freud conocía mi libro, que yo le había dedicado” (1949, p.211)

El argumento de la novela es el siguiente: Alfredo, el protagonista, cuya mujer está gravemente enferma, conoce a la joven Adela de quien se enamora. La escena crucial de la novela es tal vez aquella en la que Alfredo, tras recuperarse de un episodio de mareo, decide matar a Elisa, su mujer. Finalmente lo hace, la envenena para quedar en libertad de reunirse con Adela. “A buen entendedor, *pocas palabras*”, siendo que aquí la “economía” no es un detalle menor. La sola mención del título evoca el argumento y la evidente identificación del analizante con el protagonista. Sin embargo para Reik la evidencia adviene luego de un primer momento de perplejidad: “Todavía me parece extraño que lo evidente me eludiera entonces, y que yo no captara ni un vislumbre de las emociones oscuras que se agitaban en mi” confiesa. (1949, p.207).

Freud elige intervenir con una pregunta retórica, pregunta que se formula sin esperar respuesta, y cuyo propósito es más bien afirmativo antes que interrogativo. Pero lo que quisiera destacar es que hay algo en esta interpretación que presenta todo el aspecto de un chiste. En principio por su contrasentido en tanto Freud sabía que Reik conocía a la perfección la novela, pero sobre todo por el efecto de sorpresa que tiene para el analizante que es quien sanciona en este caso.

Reik destaca cómo la pregunta lo sorprende debido a la no captación de su “conexión” con lo que él había dicho durante la sesión (en la que había vuelto a hablar de sus ataques y su conflicto conyugal), no lograba comprender la relación con el tema que él había estado tratando.

De entrada el chiste “nos deja pendientes”, en el sinsentido y “luego nos recompensa con la aparición en ese mismo sinsentido de no sé qué sentido secreto” (LACAN, 1957-1958, p.89). Sentido que Lacan no deja de señalar como “fugitivo”, “de la misma naturaleza que el pasmo que por un instante nos retuvo en el sinsentido”. (1957-1958, p. 90).

La dimensión de la sorpresa nos interesa en tanto es solidaria de la aprehensión de lo inconsciente, y “consustancial a lo que ocurre con el deseo” (LACAN, 1957-1958, p. 96). La interpretación de Freud: “¿Recuerda usted la novela *El asesino* de Schnitzler?” alcanza lo reprimido. Su eficacia no radica en

la producción de sentido, sino en el franqueamiento de una censura de represión. ¿Qué es la censura?: que hay cosas que no se pueden oír, y el chiste tiene, entre otras, la virtud de hacer que esas cosas que habitualmente no se oyen, se oigan. Lacan precisa que “es en el interior de la resistencia del sujeto (...) donde se hará oír algo que retumba mucho más lejos y hace que el chiste resuene directamente en el inconsciente” (1957-1958, p.123)

El deseo como remedio para la angustia

“Por extraño que parezca, el hecho de enfrentar la realidad de lo que yo había pensado no me produjo pánico, sino que me tranquilizó, y estableció una distancia que no había tenido antes. Al mostrarme lo que podría haber ocurrido, me convenció de que se trataba de algo destinado a permanecer como una potencialidad...”
(REIK, 1949, p. 215)

Este efecto “tranquilizador” exige ser esclarecido. Sabemos, gracias a Freud, que la represión no impide a la agencia representante de pulsión proliferar y seguir organizándose en lo inconsciente. Al contrario, se desarrolla con mayor riqueza y menos interferencias.

“Prolifera, por así decir, en las sombras y encuentra formas extremas de expresión que, si le son traducidas y presentadas al neurótico, no sólo tienen que parecerle ajenas, sino que lo atemorizan provocándole el espejismo de que poseerían una intensidad pulsional extraordinaria y peligrosa” (FREUD, 1915, p.144)

Reik mismo advierte que “la intensidad del peligro que deben haber encerrado” para él sus pensamientos inconscientes, se revela a través de los serios síntomas de sus ataques. (1949, p.219).

Tras la interpretación, se sintió convencido “de que se trataba de algo destinado a permanecer como una potencialidad (...) Nunca habría podido transformarse de pensamiento en acción” (REIK, 1949, p.215). Una potencialidad destinada a no transformarse en acción bien podría ser un modo de nombrar la posición del neurótico en el deseo. Es lo propio del neurótico confundir la pulsión y la fantasía. Podemos considerar que los ataques de angustia de Reik son el correlato de lo que Freud nombra como proliferación en

lo inconsciente de la agencia representante de pulsión, que produce el espejismo de una intensidad extraordinaria y peligrosa que angustia al sujeto. La interpretación es eficaz en tanto restituye a la fantasía en su función de sostén del deseo neurótico. La fantasía permite al sujeto sostener su deseo como inhibido, como no realizado, es decir sostener su deseo sin necesidad de satisfacer una exigencia pulsional. Esto último nos permite entender el efecto “tranquilizador” atribuido por el analizante a la intervención. Pero hay algo más: los ataques de angustia cesaron a partir de ese encuentro con Freud y “nunca se repitieron” (REIK, 1949, p.225).

“Es en tanto que una interpretación justa extingue un síntoma que la verdad se especifica por ser poética” (LACAN, 1976-1977, clase del 19-4-77). Pero poesía no es aquí para Lacan sinónimo de belleza:

“Nosotros no tenemos nada bello que decir. Es de otra resonancia que se trata, a fundar sobre el chiste. Un chiste no es bello. No se sostiene sino por un equívoco o, como lo dice Freud, por una economía” (1976-1977, clase del 19-4-77)

Referencias bibliográficas

- FREUD, S. (1915), “La represión”, en Obras Completas Vol.14, Buenos Aires, Amorrortu Editores 1980
- LACAN, J. (1957-1958) “Las formaciones del inconsciente”; Seminario 5, Buenos Aires, Ed. Paidós 2003
- LACAN, J. (1960-1961) “La transferencia”; Seminario 8, Buenos Aires, Ed. Paidós 2003
- LACAN, J. (1962-1963) “Problemas cruciales para el psicoanálisis”; Seminario 12, Inédito.
- LACAN, J. (1976-1977) “L’Insu que sait de L’Une-Bévue S’Aile à Mourre”; Seminario 24, Inédito.
- LOMBARDI, G. (2003), “El empleo fundamental de la fantasía en la neurosis”, en Hojas Clínicas 2008, Buenos Aires, JVE Ediciones 2008
- REIK, T. (1949) “Confesiones de un psicoanalista”, Buenos Aires, Ed. Paidós 1965